

SANCTI ANSELMI ADMONITIO AL MORIBUNDO Y QUE TEME EXCESIVAMENTE SUS PECADOS (G)*

194 Pregunta. ¿Te alegras, hermano, de morir en la fe cristiana?

Respuesta. Me alegro.

Pregunta. ¿Te alegras de morir en el hábito monástico?

Respuesta. Me alegro.

Pregunta. ¿Confiesas que has vivido tan mal que por tus méritos se te debe un castigo eterno?

Respuesta. Lo confieso.

Pregunta. ¿Te arrepientes de esto?

Respuesta. Me arrepiento.

Pregunta. ¿Tienes la voluntad de enmendarte, si tuvieras tiempo?

Respuesta. Sí.

Pregunta. ¿Crees que el Señor Jesucristo murió por ti?

Respuesta. Creo.

Pregunta. ¿Le das gracias?

Respuesta. Le doy.

Pregunta. ¿Crees que no puedes ser salvo sino por su muerte?

Respuesta. Creo.

Inter. Actúa entonces mientras tu alma permanece en ti; pon toda tu confianza en esta sola muerte; no tengas confianza en ninguna otra cosa; encomiéndate totalmente a esta muerte; cúbrete totalmente con esta muerte; envuélvete totalmente en esta muerte; y si el Señor Dios quisiera juzgarte, di: Señor, interpongo la muerte de nuestro Señor Jesucristo entre mí y tu juicio; de otra manera no contiendo contigo. Y si te dijera que eres pecador, di: Señor, interpongo la muerte de nuestro Señor Jesucristo entre ti y mis pecados. Si te dijera que mereciste la condenación, di: Señor, pongo la muerte de nuestro Señor Jesucristo entre ti y mis malos méritos; y ofrezco su mérito por el mérito que debería tener y no tengo. Si dijera que está enojado contigo, di: Señor, opongo la muerte de nuestro Señor Jesucristo entre mí y tu ira. Una vez hecho esto, di de nuevo: Señor, pongo la muerte de nuestro Señor Jesucristo entre ti y yo, y tu ira. Hecho esto, el enfermo diga tres veces estas palabras: En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu. Me has redimido, Señor, Dios de verdad. De nuevo el verso: Rompiste, Señor, mis cadenas; te ofreceré un sacrificio de alabanza e invocaré el nombre del Señor. Verso: Saca de la prisión mi alma, para confesar tu nombre; los justos me esperan, hasta que me recompenses. Después diga: María, madre de gracia, madre de misericordia, protégenos del enemigo y recibe en la hora de la muerte: por tu Hijo, Virgen, por el Padre y el Espíritu Santo, asiste a mi muerte, porque se acerca el final. Amén.

Después de estas palabras y respuestas del enfermo, el sacerdote diga por el enfermo estos salmos. Salmo. Dios, sálvame en tu nombre. Salmo. Creí. Salmo. Dios en mi ayuda. Salmo. Con mi voz. Salmo. En ti, Señor, he confiado.

Si es un laico, debe ser interrogado por el sacerdote de la siguiente manera.

Primera pregunta. ¿Crees en lo que es de la fe cristiana, en cuanto a lo que está determinado por la Iglesia? Resp. Creo.

Pregunta. ¿Te alegras de morir en la fe cristiana?

Resp. Me alegro.

Pregunta. ¿Reconoces que has ofendido gravemente a Dios?

Resp. Reconozco.

Pregunta. ¿Te duele haber ofendido a tu Creador?

Resp. Me duele.

Pregunta. ¿Propones que, si Dios te prolonga la vida, evitarás ofenderle?

Respuesta. Lo propongo.

Pregunta. ¿Esperas y crees que alcanzarás la salvación eterna no por tus méritos, sino por los méritos de la pasión de Jesucristo?

Respuesta. Espero.

Entonces sigue la aseguración, y se le dice. Si alguien se te opone y te acusa, opón entre tú y él los méritos de la pasión de Cristo. Al final, hazle decir estos versos: En tus manos, Señor, encomiendo, etc. como arriba.

Nota bien: Tú que deseas entrar en la vida eterna, medita las palabras suscritas cada día de tu vida, y así nunca ofenderás a Dios. Primero, la brevedad de la vida. Segundo, la inestabilidad. Tercero, la muerte incierta. Cuarto, las recompensas de los justos. Quinto, los castigos de los impíos.

SANCTI ANSELMI CARMEN DE CONTEMPTU MUNDI. (G)*

195 ¿Qué conviene a un monje, o cómo debe ser, quien ordena que lo diga, extienda él mismo la mano. Rebaño santo, monjes, os escribimos esto; esto os instruye, esta página de vida abre el camino. Y vosotros, queridos hermanos, no despreciéis si algo nuestro os aconseja piadosamente, si algo nuestro es saludable. A menudo una pequeña luz disipa grandes tinieblas, y un riachuelo a menudo proporciona dulces aguas. No es el corte de cabello lo que hace al monje, ni el vestido áspero; sino la virtud del alma y la constancia perpetua. Una mente humilde, el desprecio del mundo, una vida casta, y la santa sobriedad: esto es lo que hace al monje. Esto os elevará al cielo, monjes, como un carro: esto os dará las mayores recompensas después de esta vida. De nada sirve el corte de cabello, ni el vestido más vil, si eres un lobo, aunque parezcas una oveja. Porque los hombres pueden ser engañados y engañar: a Cristo, quien no engaña a nadie, nadie puede engañar. Él ciertamente

condena la apariencia de religión simulada, y no puede estar en costumbres reprobables. Habéis hecho votos, hermanos, habéis hecho votos; os rogamos, vivid preocupados por cumplir vuestros votos a Dios. Peca abundantemente contra la majestad divina quien hace votos que no desea cumplir. Habéis prometido al Señor cambiar vuestras costumbres: ya ahora que haya un fin a los pecados y vicios. Que viva humildemente quien antes vivía orgulloso, que sea casto quien era lujurioso. Alguien buscaba riquezas, ansiaba honores, pero ahora que las riquezas y el honor le sean despreciables. Se alegraba con banquetes, se alegraba con una mesa rica, ahora una cena sobria le proporcionará un alimento modesto. Solía alegrarse con sus éxitos, ahora que lave sus culpas con lágrimas. Ostentoso en púrpura, adornado con gemas y oro, ahora que cubra sus miembros con un vestido vil y sucio. Que el hablador calle, que el iracundo se calme. Que el envidioso vomite el veneno de su envidia. A quien antes le agradaban los asesinatos y los robos, ahora será piadoso y amable, amante de la paz. Quien se hinchaba con la vana alabanza de los aduladores, ahora considere que las alabanzas de los hombres no son nada. Y quien solía hacer el mal por placer y gratuitamente, ahora incluso herido, quiera ser útil. Fue fácil para las disputas, precipitado en las riñas; ahora que soporte valientemente las injurias de otros. Que no lo quiebre el desprecio, que no lo quiebre la injuria, que soporte con un corazón fuerte todas las molestias. Que la paz y la tranquilidad del alma perduren entre las injurias; porque ninguna tormenta mueve al fuerte. Esta verdadera conversión, hermanos, merece el perdón, esta vida vale para agradar a Dios ofendido. No os seduzca este breve y falso placer, no os engañen estos bienes perecederos. ¿Por qué, os pregunto, desearía algo quien ha dejado todo; por qué volvería al mal quien ha propuesto el bien? Desprecia la tierra, quien busca tener el cielo; si te agradan las cosas duraderas, huye de estas fugaces. Mientras sea posible, y se conceda el espacio de esta vida, vive siempre preparado para toda buena obra. Haz todo el bien que puedas, mientras vivas por poco tiempo; cosecharás mucho, si ahora siembras pocas semillas. Compra con poco trabajo el descanso eterno, y pesa con llanto las largas alegrías breves. Que tu mente no se aferre a las cosas terrenales y caducas: todo lo que ves en el mundo se desliza y pasa. ¿Qué es la vida presente? Tentación, lucha molesta, aquí siempre hay batalla, siempre está presente el enemigo. Pero cuando ya no tengas la carga de la carne, entonces habrá descanso sin fin, y paz eterna. La envidia y la ambición, la gula, el fraude, la lujuria temible, la ira, la soberbia de la mente, los cismas, el amor a la alabanza. Y las otras mil cosas que son del campamento de Satanás, nos rodean por todas partes y nos oprimen constantemente. Mientras la mente débil se mantiene entre estas plagas, fluctúa y se agita de maneras asombrosas; aunque no caiga, siempre parece que va a caer, y es sacudida por tan grandes males. ¿Y quién puede soportar tantas tormentas de vicios, si no viene en su ayuda el auxilio divino? Que los monjes eviten esto con todo el esfuerzo de la mente; que laven las culpas pasadas llorando y gimiendo. Que lean en tiempos determinados, trabajen y oren, que no haya tiempo libre de los estudios sagrados. Que siempre se esfuerzen en cosas útiles y honestas: la pereza es una cosa demasiado perniciosa. La lujuria es el combustible, la incitación de los males, prepara el lugar para los espíritus malignos. Cuando el enemigo sugiere algo malo al monje y trata de engañarlo de mil maneras, que crea que Dios está presente siempre y en todas partes; y que no piense que puede ocultarse si peca. Él lo sabe y lo ve todo, nada se le escapa, todo está desnudo y abierto a sus ojos. Cuando hace algo vergonzoso, quien se sonrojaría si yo lo viera, ¿por qué no se sonroja más si lo ve Dios? Si el juez de la patria supiera sus hechos, temería. El Señor de las cosas lo sabe; ¿por qué entonces no teme nada? Pero calla, y difiere, y aún no castiga los crímenes: castigará, y será un juez justo según los méritos. Monjes, mantened la firmeza del propósito de vida. No os desagrade soportar cosas duras por poco tiempo. Pero aunque las vanidades del mundo os deleiten, tened cuidado: y ciertamente a menudo lo dulce mata. No améis lo que acaricia los sentidos de la carne: lo que deleita la carne, daña las mentes. Las alegrías mundanas engendran dolores perpetuos, y la vida breve quita el vivir

eterno. El trabajo es pequeño, pero la recompensa del trabajo es grande; 196 pasa rápidamente, las recompensas no tienen fin. Por lo tanto, si no conocéis nada mejor que Dios, o si creéis que es el bien supremo, despreciando estas cosas del mundo que pasan, que vuestras alegrías estén solo en Dios. Y para mí, lo que no puede perderse no parece nada; ni creo que sea largo lo que pasa. Porque, ¿qué es el honor, qué las riquezas, qué la gloria, qué la juventud? La forma, el linaje, las fuerzas, la mujer, el vestido, el campo, la gema o la plata, ¿qué los cetros de los reyes, o el oro, la púrpura, qué la gran finca, y la amplia casa? Gran poder, mucha ciencia, falso placer. ¿Qué es la vida, y la misma salud de nuestro cuerpo? No amo lo que la peste, lo que el ladrón, lo que el enemigo roba, y lo que, si los demás perdonan, la muerte quita. Hay quienes se alegran con el falso honor, y el poder precedero: y se creen alguien porque ocupan lugares altos. Y como si desde una atalaya vieran los campos y las llanuras, así también desde la cima de la mente evitan a quienes deben. Mientras no atienden a la condición humana, no saben ver qué son, sino qué tienen. Pero mientras llevan cetros, los reyes resplandecen con la diadema, y se alegran con los límites de su amplio imperio: mientras se extienden con banquetes, mientras hierven con néctar: y la tierra y el mar sirven a su mesa: y mientras el lino fino y la púrpura preciosa los visten, y la majestad real se entrega a los placeres: y mientras la blanda lujuria los seduce, y con sus seducciones los atrae a su dominio: mientras sirven torpemente a una señora torpe, a quienes el mundo llama reyes con un nombre falso. Apartan los ojos, y se niegan a ver de hecho, que ellos mismos son hombres y carne mortal; que el poder mundano pasa más rápido que el humo; que el hombre es un vaso de vidrio o de barro; que la carne mortal envejece como un vestido, y la vejez encorvada viene con rápido paso; que siempre se acortan los tiempos de nuestra vida, y que el día del hombre huye como humo y sombra: que la vida es breve, que la muerte es incierta, que en todo momento cualquier causa molesta nos oprime. Te llaman rey, ¿por qué te alegras con un nombre vano, tú que, vencido por los vicios, yaces derrotado en todas partes? En tanto, te pregunto, tú que brillas con tan gran nombre, ¿por qué la razón sirve, y la lujuria gobierna? ¿Por qué sirve a los vicios quien gobierna los reinos: y no le avergüenza ser esclavo del vil cuerpo? Oh amantes del mundo, y falsos poderosos: ¿acaso pensáis que las riquezas terrenales son algo? ¿Qué también los honores mundanos que anhelaís, de los cuales la preocupación perpetua es compañera? Todo lo alto teme la caída precipitada; y siempre el poder ajeno daña a los grandes. A menudo el árbol alto cae por los vientos; el humilde mirto, la humilde tamarisco permanece segura. Cuando la máquina de guerra derriba las altas torres, nada daña la pequeña casa del pobre. Y la violencia del río arrastra las masas que se oponen, pero pasa con paso tranquilo por la llanura. Las olas del mar furioso cubren montañas y rocas, pero la ola más suave llega a la costa tranquila. Sabemos que los Alpes aéreos se blanquean con nieve, y son oprimidos por el frío y el hielo perpetuo. Allí también la furia de muchos vientos azota, pero el valle cercano tiene un clima agradable. Así nunca os faltan adversidades, poderosos. No hay paz para vosotros, ni hay descanso. ¡Oh cuántos tumultos sufren los corazones de los reyes! Y cómo ellos mismos rugen con movimientos tormentosos. Entre los banquetes reales, y los diversos preparativos, se consumen con preocupaciones y temores ansiosos. No pocos temen el poder temido por muchos; apenas confía en alguien, mientras teme las insidias. Rodeado de mil guardias, y de las armas de los suyos, no puede expulsar el miedo de su corazón temeroso. De nuevo, ¿de qué le sirve al señor el numeroso dinero? Escucha qué tiene de preocupación y de temor. Y el sueño es breve y raro para quienes tienen oro; porque todo amor desmedido está despierto. Ni el marfil ni la púrpura dan sueños seguros, la pobreza yace segura en un lecho de paja. El poseedor de oro siempre teme, y a cada ruido considera que se han hecho insidias. Teme las armas, los venenos, teme el robo y la rapiña: guarda ansioso lo que ha ganado durante mucho tiempo. Mientras busca riquezas, lo atormenta un deseo lamentable; cuando ya ha comenzado a tener lo buscado, el miedo. Así, pues, es miserable mientras el pobre busca tener: y es miserable el rico, temiendo perder

lo ganado. Mientras yace en plumas cubierto de seda y púrpura; es mordido por preocupaciones, y está despierto con engaños; arde por extender el campo del vecino pobre al suyo, y no sabe tener medida para el crimen. Expulsa a los huérfanos de las casas paternas, persigue a las viudas, y las oprime con juicios. Como está encendido por las injustas llamas de la avaricia, no puede saciarse con ganancias injustas. Por lo tanto, hace a muchos pobres; y el rico por rapiñas, sirve a la lujuria; pero despojado, carece. Disfruta de los placeres, y de las cosas del pobre; pero este indigno gemirá por los bienes perdidos. Para este se preparan variados banquetes, y un vestido precioso: pero apenas tiene pan y una toga burda. Pero pedirá en las llamas, habiendo entrado en el infierno, un poco de agua de la punta del dedo de este pobre: y con la situación invertida, quien abunda en riquezas, carecerá: este pobre que carece, tendrá abundancia. Pero, ¿por qué, avaro, acumulas estas riquezas? Tal vez estas harán que perezcas más rápido. Dime, ¿cuándo les ha faltado un enemigo a los ricos? A menudo los golpea y sacude una ruina grave. La mejor fortuna es compañera de la envidia, y nunca es lo suficientemente fiel a nadie esa inestable. Por lo tanto, excluye las causas del temor ansioso; desea ser pobre, inmediatamente estarás seguro. En verdad, nada es más bienaventurado que la pobreza, nada puede ser más seguro que la pobreza. Estas no son un apoyo para ti, sino una gran carga, que siempre te oprime miserablemente hacia abajo. Nadie escalará las montañas de la justicia, y las alturas de las virtudes, mientras esté cargado con las cosas del mundo. ¿Por qué sigues estas cosas, por qué te aferras a lo que pasa, mortal, por qué deseas riquezas y estás destinado a morir? Cuando después de las preocupaciones del mundo, y los trabajos vanos; cuando te hayan pasado, lo que tienes en la parte mala; el infierno te absorberá con su horrible boca, y serás torturado de diversas maneras. Cuando el terrible cobrador, enviado por el justo juez, te sumerja en el fondo del lago de azufre. Entonces, entonces, infeliz, te arrepentirás tarde de haber puesto tu esperanza en estos falsos bienes. Ni la plata, ni el oro descenderán aquí, ni la gloria del mundo que pasó brevemente estará presente. Tal vez el pródigo derramará todas estas riquezas que tú ahora acumulas. Entonces serás feliz con tus cosas y tu esposa, cuando seas ceniza o cadáver. Tienes un gran nombre, tu fama es clara por el mundo, el mundo te alaba; pero morirás sin embargo. Las vanas alabanzas no sirven de nada a los sepultados; ¿ha sentido alguien hecho ceniza esas alabanzas? Te agrada la fama del pueblo, ansioso atraes el favor del oído, no sabes qué prepara el juicio divino. 197 Todo esta gloria del mundo es humo y sombra ligera; los famosos reos son atormentados por el severo infierno. Y el color, y el rostro, y la juventud muy grata, y la voz que conocía antes las dulces casas, finalmente huyen con la miserable vejez que llega; huyen los peinados que adornaban. La boca se desarma con los dientes caídos; entonces apenas puede articular sonidos imperfectos. Las fuerzas fallan, ya aparece la arruga senil, la piel áspera se eriza en el cuerpo agotado. Ya se encorva, ya la boca mana saliva; el color es pálido, el aliento mismo es pesado. Así se pierde poco a poco la gracia de la forma apacible; y de muchas cosas que agradaban, no queda ninguna. Ya los sabores saben menos, apenas siente los olores. Apenas también percibe los sonidos ruidosos con el oído, los ojos se oscurecen: de todo solo queda la piel, y los huesos atados a sus nervios. Apenas puede fijar sus pasos tambaleantes con un bastón, y apenas puede sostener algo con su mano temblorosa. Si alguna vez tuvo prudencia, toda se ha ido: solo alaba lo que parece pueril. Así, pues, cada anciano miserable se pierde a sí mismo cada día, se le sustrae a sí mismo. Y aunque la misma vejez es una enfermedad demasiado grave, sin embargo, se angustia con innumerables males. Esta edad inútil, digo, es atormentada por muchos, y siempre tiene algo de qué quejarse cada anciano. Comer es un trabajo, ayunar es molesto, el sueño le es pesado, y vigilar le daña. Odia los veranos; y culpa a los inviernos y al frío; piensa que el otoño es la causa de su dolor. También la suavidad de la primavera le daña un poco, y nada puede agradar al anciano quejumbroso. Entre todas estas cosas que siente el anciano como inconvenientes, lo acosa la sarna, la tos jadeante lo sacude. Ingrato con los suyos, consumido

por la enfermedad y los años, se queja de los largos tiempos de su vida. La belleza es un bien efímero, la apariencia enemiga del pudor, a menudo retrasa el camino útil de las virtudes. Ahora infla a los insensatos, ahora sugiere cosas vergonzosas; a menudo también suele precipitar a los fuertes. Y la muerte y la enfermedad la arrebatan, y la triste vejez; parece por mil causas, y no permanece mucho tiempo. Ni la buena forma merece a Dios, sino la mente sincera: solo la vida justa da la bienaventuranza. Tú recuerdas a los reyes antepasados, y a los grandes padres, y te hinchas con la vana nobleza de la carne. No sabes que el origen de todos es común, el nacimiento y el ocaso son uno, y una es la carne. ¿Qué te importa la nobleza, y el nombre ilustre de los antepasados, si tú mismo te has hecho esclavo de tus vicios? Es noble quien brilla con la virtud del alma; es degenerado solo quien se complace en una vida mala. Ni el linaje, sino las costumbres venera la corte del cielo; y el justo, no el noble, tiene el cielo. Pero ni el prelado de los movidos, ni el ministro de los crímenes, atormenta más suavemente al ingenio condenado. No se le guarda ningún honor, ninguna reverencia; ni está más seguro por su nobleza. Pero presumes de hombros fuertes y brazos musculosos. Y de las fuerzas excepcionales de tu cuerpo. Hablas de guerras, de generales vencidos, y de pueblos subyugados; y de los grandes reinos sometidos a tu imperio. No eres más fuerte que el buey, ni que el asno; sin embargo, los ves comprados a un precio bastante vil. Así, cualquier cosa que veas común con las fieras, no te maravilles demasiado, ni la consideres valiosa. Si quieres atender a los sentidos y fuerzas de la carne, muchas fieras nos superan en ambos. Los caballos veloces nos vencen en la rápida carrera, y el perro oye y huele mejor que nosotros. ¿Quién querría intentar luchar con leones iracundos, con osos terribles y jabalíes fulminantes? Solo la virtud del alma nos pone por encima de ellos; las demás cosas nuestras son bastante menores. Ayuna tres días, todo se derrumba para los soberbios: apenas respiras un débil aliento, ya a punto de morir.

Si una fiebre ardiente te consume incluso levemente, pronto te marchitarás y desaparecerás al instante. Pero cuando ves que sucumbes a los vicios, me sorprende que te llares fuerte y creas serlo. La lujuria te incita a la guerra; cedés a los primeros golpes y ofreces tu cuello para ser oprimido por un yugo vil. Así también sirves a la avaricia, así a los impulsos de la ira, así cumples las órdenes vergonzosas de la gula ardiente. La mujer, dulce mal, rompe la mente y la fuerza viril con sus insidiosas caricias. La mujer, antorcha de Satanás, adornada con gemas resplandecientes, oro y vestidos, viene para destruir.

Lo que la naturaleza le dio sabiamente, ella lo reforma: considera que todo lo que ha recibido es indigno. Se pincha con una aguja y con maquillaje hace que sus ojos amoratados parezcan más atractivos: "Así", dice, "la gracia de los ojos será mayor". También hay quien perfora sus tiernas orejas para que de allí cuelgue oro o una piedra preciosa. Otra ayuna miserablemente, disminuye su sangre, y ella misma causa su palidez. Pues quien no palidece se considera rústica; "Este es el color adecuado, este es el verdadero color del amante", dice. También mancha su rostro con diversas suciedades. ¿Pero por qué? Se busca un color mejor con arte.

Con arte se adelgaza la ceja, y con arte nuevamente. Ella misma recoge sus pechos al mínimo. Con arte, de hecho, ves cabellos negros volverse rubios, y ella se esfuerza por mover sus miembros en su lugar. Así pinta todas las partes de su frágil cuerpo, de modo que piensas que todo lo que nació le desagrade. ¡Oh, en qué gestos se quiebra la mujer blanda, y agrada con su lengua engañosa en sonidos balbuceantes! A menudo canta dulcemente, compone su paso con esmero, para que creas que mueve su paso con cierto arte. A menudo su elocuencia atormenta a sus oyentes; y a veces agrada riendo, ahora también llorando.

La mujer ataca nuestras mentes de mil maneras, y para ella es una gran ganancia perder a muchos. No hay nada más nocivo en las cosas que una mujer, y el enemigo letal no tiene nada con lo que atrape a más. No acusamos a todo el sexo de crímenes; pero en nuestro tiempo, rara es la que permanece casta. Pero el profeta sagrado clama que la carne es heno; haz que esa llama esté lejos de tu heno. Evita las risas suaves, los gestos, y las dulces palabras, y los juegos femeninos; tienen veneno. El veneno del amor femenino se infiltra lentamente; si no lo ves, serás capturado al instante.

Huye del coloquio femenino, hombre santo; evita las caricias femeninas si deseas vencer. Porque la mente capturada por el amor femenino nunca puede elevarse a las alturas de las virtudes. ¿Qué utilidad aporta el coloquio con ellas? Viniste como monje, te vas como amante vil. Por lo tanto, si no evitas la serpiente venenosa, si no te alejas, ciertamente te infectarás. Cualquier mujer enciende las llamas de la lujuria y, incluso cercana a los santos, causa daño. Donde el gran obispo Andrés de la ciudad de Fundana vaciló, fue por causa de una mujer virgen.

Si revisas los libros de los antiguos y los escritos de los Padres, lamentarás que hombres santos hayan caído así. No puedes ser más sabio que el sabio Salomón, ni más santo que el santo David. Si una mujer derribó a Lot, a Sansón, a David, a Salomón, ¿quién estará seguro ahora? ¿Acaso no fue una mujer quien expulsó al hombre del asiento bendito y fue el origen de nuestra muerte? Pero una cara clara y una forma hermosa son suficientes, y toda su blancura te agrada no poco. Si se revelaran las entrañas y el resto de la carne, verías qué suciedad cubre la piel blanca.

Si una púrpura resplandeciente cubriera un estiércol vil, ¿quién, aunque esté mal de la cabeza, amaría por esto el estiércol? Una mujer bien arreglada entra en los claustros de las celdas, suspirando dice, "quiero aprender cosas santas". Me acerco a los monjes como mujer pecadora, pues ellos dan consejos y enseñanzas del camino santo. Vienes arreglada, y las cosas santas te agradan: ¿quién podría creerlo? Te considero sospechosa; creo que vienes a hacer daño. Tu risa, tus ardientes miradas, y tu charlatanería me desagradan.

Pastores, vigilad, mantened a las lobas rapaces lejos de vuestros rebaños, que se les niegue la entrada a los claustros. Matan almas y envían a muchos al infierno; y no hay peste más temida para los monjes. La mujer es la muerte del alma, nunca debe atreverse a acercarse a los monjes; que esté lejos del coro sagrado. Que la mujer esté lejos de la asamblea de los santos; pues aunque no pueda vencer, inicia guerras. Pero quizás digas que hay maridos, y alabas los lazos del matrimonio casto. Créeme, hermano, es miserable cualquier marido: ¿quieres que te diga cuán triste es esa carga?

Si alguien tiene una esposa fea, la desprecia y odia; si es hermosa, él mismo teme ansiosamente a los adúlteros. Ves cuánto se oponen la belleza y la modestia, y rara vez una hermosa puede ser casta. A aquella por la que suspiran y desean muchos, temerás perderla o que deba ser solo para ti.

Si queda embarazada, se añade otra preocupación; y tus males se multiplican. Por un lado, temes que un adúltero la corrompa y dé a luz hijos de los que no serás el padre. Por otro lado, la situación económica es muy ajustada y la escasa riqueza te obliga a vivir en una casa desafortunada. También está la charlatana que provoca disputas perpetuas y se vuelve molesta para su esposo día y noche. Y la mujer aficionada al vino es muy perjudicial para el marido: pues lo que se ha buscado durante mucho tiempo, ella lo disipa en poco tiempo. Ella

ofrece abrazos suaves y da dulces besos, pero en su corazón guarda veneno en silencio. Esta se enorgullece de su belleza o nobleza, y cree que merece tener un cetro en la mano. Muchos hombres han perecido por los engaños de sus esposas; la mujer no teme nada, cree que todo le está permitido. Se atreve a hacer lo que le ordena su lujuria imperiosa; y el miedo, la razón y la misma vergüenza ceden. Esta desprecia las leyes sagradas y todas las normas. Ama lo que es vergonzoso o cruel, mientras le sea placentero. Dalila mató a Sansón, Clitemenestra a Agamenón. En la ley, ambos sintieron los engaños femeninos. Pero, ¿por qué, pregunto, te narra ahora una historia antigua, cuando ves que muchas cosas suceden en nuestro tiempo? ¿Quién puede enumerar las suciedades, los miedos y las preocupaciones que soportan los maridos? Ahora ves cuán pesada es la carga de una esposa, y cómo oprime el yugo duro sobre el cuello.

¿Condenamos entonces los lazos del lecho matrimonial? No: pero no damos estas cosas a los hombres perfectos. No hay fruto centésimo para los cónyuges; ni el que devuelven multiplicado por seis en diez; sin embargo, no se les priva de la luz del reino eterno, recibirán premios dignos de sus méritos. Te visten suaves telas de lino, te cubre la brillante púrpura; y los reinos del mundo te tejen cada cosa. ¿Qué piel preciosa no se destina a tu uso? ¿Qué tipo de vestimenta, qué color falta? Pero no te avergüenza añadir a los adornos indecorosos cualquier cosa que la mano hábil del artesano sabe forjar. Los dedos brillan con gemas, al igual que los brazos, y apenas puedes soportar el peso de tu oro. ¡Oh, qué vana locura de los hombres: necio, ¿de qué sirve querer brillar con bienes externos? Si estás manchado de vicios, ¿de qué sirve la vestimenta resplandeciente? Ninguna púrpura borraré tus manchas. El brillo de las gemas y del oro no logra que tu mente ciega carezca de sus propias tinieblas. Pero las costumbres santas, no la vestimenta, hacen honesto al hombre; y la probidad sola hace grandes a los hombres. Conserva íntegro lo que la naturaleza te dio: ¿necesita la imagen de Dios ser adornada con estas cosas viles? Esta vanidosa soberbia lo impulsa: solo la vida sobria agrada al justo Dios.

Buscas extender los largos límites de los campos, y deseas muchas cosechas, graneros llenos. Sabes lo que el evangelio amenaza al avaro: perder tu alma esta noche, necio. Dice: tienes, ¿y de quién serán las cosas que has preparado? Malvado, ya frena tus deseos, y teme morir. Tantas cosechas, tanto oro, tanto vino, tantos campos, ¿para qué necesita la vida, y la breve salud, tan poco? Buscas un campo fértil para ti, hombre, pero nunca miras tu vida estéril. Y en todas partes, despreciador hinchado del agricultor de Dios, no quieres dar frutos de justicia. Pero las zarzas de los crímenes sofocan las semillas de la vida, y surge la amarga cosecha de los pecados. Arranca los cardos de la mente, y quita las espinas: y siembra en los campos del corazón el trigo de Cristo. Que el campo nuevo del corazón fructifique para Dios, y que la cosecha de virtudes suprima las semillas de la maldad.

¿Qué crees que son la plata, las gemas y el oro, las propiedades? ¿O todas las riquezas que tiene el mundo? Esto lo tiene el judío, el gentil, el ladrón sangriento; créeme, Dios a menudo da estas cosas enojado. Considera pequeñas las cosas que los malos tienen. Considera pequeñas las cosas que tienen el ladrón y el adúltero: lo que tiene la prostituta, lo que tiene el adúltero, no lo considerarás grande: el Omnipotente da cosas mucho mejores a los suyos. Pero el ojo de la mente se ciega con el polvo de la tierra; para que no puedas ver la luz de la justicia: ¡Ay de ti, a quien no le brilla la virtud, pero sí el oro, y prefieres lo más bajo a los bienes supremos! No considero grandes los males con los que se afligen los amigos; ni los bienes que tienen los enemigos de Dios. Pero cuántas veces el justo carece, el malvado abunda, ¿no es la abundancia de los perversos un gran bien? El sabio enferma, pero el injusto florece sano: ¿no es la salud del cuerpo un gran bien? El amado del Señor muere, pero el adúltero vive: ¿no está la vida caduca entre los grandes bienes?

Por lo tanto, ahora recoge las demás cosas, hijo, y prudente desprecia los dones viles de la tierra. Deja la tierra vil, desea las alturas del cielo: allí recibirás los dones bienaventurados de Dios. La púrpura no hace precioso a nadie, ni los cetros entregados cambian las malas costumbres. Si ves que estas cosas se dan a los enemigos de Dios; la parte impía de los hombres reina casi en todas partes. Si se diera honor a la virtud, si se dieran premios a los dignos, y cada cosa ocupara su lugar merecido. Ahora, créeme, verías las cosas de los hombres, y las pacíficas, y se mantendrían en un modo cierto. Pero porque los reinos se dan a los malos, el poder al crimen, la lujuria retiene las riendas debidas a la virtud. El mundo se turba, el orden de las cosas se confunde; y un gran caos envuelve todo a la vez. La fuerza prohíbe las leyes, los crímenes destruyen las costumbres, y la virtud, sacudida por un fuerte torbellino, yace oculta.

El Líbano te da su lengua; Paros te envía su mármol; Arabia te ofrece oro; India te proporciona marfil. Construyes casas con cedro extranjero y mármol: y se levanta una maravillosa estructura, derramas riquezas. Las puertas ríen con plata, los techos con mucho oro: el marfil esculpido adorna el lugar. Rodeas los atrios con pórticos laboriosos: ¿cuántas y qué tipo de habitaciones crees que tiene este laberinto? Allí ves lo pintado, te asombras de lo esculpido, todo lo que la mente y la mano del artesano pueden hacer. Muchas puertas hay, diversas son mil ventanas, mil columnas sostienen la casa de mármol. ¿Qué preparas con tanto esfuerzo, mortal? ¿Por qué das tu alma a lo vano, y te agradan las cosas percederas? ¿Por qué construyes amplias casas cuando serás encerrado en una estrecha tumba? Pocos serán los días de tu vida. ¿Para qué necesitas casas tan grandes? Cuánto más feliz serías si fueras un templo vivo de Dios. Sé la casa del Señor, adórnala con costumbres sagradas: ama la virtud, cultivador de la religión. Qué feliz es el alma en la que el mismo espíritu del Dios supremo se digna poner su morada.

Todo poder terrenal tiene un fin repentino, y con rápida huida abandona a los suyos. Por lo tanto, teme, quienquiera que asciendas a altos honores: y recuerda que estás en un lugar ruinoso. César era grande, más poderoso que todo el orbe: ahora, a quien el mundo no podía contener, lo contiene una urna. Así también Alejandro, el más fuerte macedonio, polvo y huesos están encerrados en un lugar estrecho. Era mayor que el mundo el grande, ahora un noble cuerpo de exiliado y vencido lo cubre una arena vil. Y cayó Babilonia: también cayó la gran Troya: antaño poderosa en el mundo, mira, Roma yace. Mira, nada permanece mucho tiempo para los mortales: ningún honor, ninguna gloria impide morir. El sumo Aristóteles, agudo investigador de la lógica, publicó muchos descubrimientos con su ingenio. No fue por silogismo, ni por entimema que el destino quiso perdonar a tan gran hombre. ¿De qué sirvió a Platón penetrar los secretos de la naturaleza, y dar mucho al mundo con su estudio? Conocía el camino del sol, las regiones del cielo, los movimientos de la luna y las estrellas fijas en el alto cielo, y muchas otras cosas bastante arduas: y ahora el filósofo es ceniza: queda un nombre vacío.

Mientras Hipócrates investiga las cosas y las causas de las cosas, mientras discute sobre las naturalezas y las inserta en sus libros, mientras revela muchas cosas ocultas, mientras preserva los cuerpos con su arte medicinal, la gran fama del hombre se difunde por todo el orbe; y tiene el fruto del favor merecido. Pero no hubo hierbas, ni raíces que evitaran que el físico tuviera que someterse a la ley de la muerte. Y Cristo da premios a los justos, no a los filósofos; eres rústico; sé justo, serás bienaventurado. El filósofo Varrón, Pedro pescador: y mira, Pedro tiene el cielo, Varrón tiene el infierno. Aquel se deleita en la variada dulzura de los placeres, y sirve en todas partes a sus deseos. Hay cosas que considera supremas, la prostituta, el cocinero, el actor; no prefiere ninguna a estas, ni estima que haya bien igual. Lo

que el mar nutre para el sustento, la tierra o el aire, lo busca, y el hambre lujuriosa del hombre lo tiene. Y el vasto orbe apenas basta para su estómago moderado. Por lo tanto, el palacio resuena con las voces de los sirvientes. Se sirven banquetes en plata, Baco en oro, y muchas gemas contienen el néctar vertido.

Con vestiduras y apariencia, una larga fila de clientes brilla, una multitud ligera preparada para las órdenes del señor. Ambos sexos cantan: resuenan cítaras y liras; y allí los órganos devuelven una dulce melodía. Finalmente, después de los abundantes banquetes, y con el vientre lleno, el cerdo se deleita con las alegrías de la noche con las prostitutas. ¡Oh, noble virtud del hombre! ¡Oh, vida bienaventurada! Alimentado de delicias, se acuesta con la meretriz. ¿Por qué mencionar las vestiduras, los lechos y las casas del rico? La lujuria pródiga no conoce límites. A lo largo de largos canales fluyen fuentes brillantes, la hierba encerrada en mármol de las columnas verdea; y el jardín produce toda clase de árboles frutales, y el aligustre blanco se mezcla con las rosas sangrientas. No faltan las violetas; pero allí hay de todo lo que florece en apariencia, todo lo que prospera en fragancia. Ahora se transporta en el lomo de caballos adornados, ahora lo lleva una barca con remero lento. Ahora le agrada estar bajo pabellones, y ahora se busca la sombra agradable bajo las copas de los árboles. Ahora se deleita en las multitudes, y en los aplausos de la ciudad: y ahora desea vivir en el campo como un privado.

Todo lo que es suave le agrada, lo que es agradable a la vista, y lo que suele ser dulce para los sentidos corporales: ¡Ay, miserable! Todo lo desvía a usos viles, y no evita nada sucio. Por lo tanto, gasta todo el tiempo de su vida en juegos, amor, vino y sueño. Y ya todo carne, no sabe cuán desviado anda. La mente, mal presionada por el pesado peso de la carne, no sabe que alimenta un fuego perpetuo el cuerpo, que cuida y alimenta de tantas maneras. ¿Qué tipo de vida crees que tienen los mortales? Es breve, y está cargada de muchos males. Todos los que nacen, su primera voz es de dolor: quienquiera que sea, comienza a vivir con llanto. Mira cómo nos golpean por todas partes las miserias: cuántas y cuán grandes son las públicas mezcladas con las privadas. Ahora nos daña el frío excesivo, ahora el calor excesivo: y el hambre nos atormenta, la amarga sed nos tortura. La mosca nos daña, y la pequeña pulga, incluso a los mismos reyes: ni los cetros reales hacen seguros a los suyos. Este se duele del exilio; otro se duele de la muerte de un amigo; a este le gusta llorar por la esposa querida perdida. Este yace infame; este miserable llora en la cárcel: a este lo aterroriza el miedo al enemigo; otro carece. Este gime por el incesto de la esposa corrupta; otro teme, engañado por una falsa sospecha.

Alguien se lamenta de las vides destruidas por el granizo, este de las naves perdidas en el gran mar. Parte se queja de las semillas mal confiadas a la tierra estéril; parte teme la violencia y las amenazas de su señor. Este perdió una causa justa bajo un juez injusto: estos son robados por ladrones; estas riquezas las quema el fuego. Y ¿quién no tiene algo que lamentar, y no está herido por ningún dolor, y en todas partes es dueño de su deseo? La fortuna no favorece tanto las cosas prósperas, que no mezcle nada triste con lo alegre: ni es pequeña parte del mal consumirse en vicios, y llevar tantas ardientes llamas en el pecho cautivo. La avaricia arde, la mala mente se enciende con ira; y ahora hierve con amor insano: como si hubiera concebido toda una Etna en su interior, tampoco ve nada que sea apropiado en su ciego furor. A menudo la mala envidia le excita graves estímulos: a menudo el honor deseado le genera miedo y esperanza. La lujuria lo devasta, y la soberbia lo arruina: también lo sacude la cruel tormenta de la tristeza. Estas y más cosas nos oprimen en este tiempo de vida; que ni siquiera por un momento permanecen ciertas.

Aquel perece de hambre, hongo, fiebre, serpiente, flecha, olas, o llamas, enemigo, ladrón. Y mil enfermedades corrompen nuestra salud; ningún mal está ausente del cuerpo humano. Si ahora miras a los demás animales; no encontrarás ninguno sometido a tantos males. Nos fatiga el dolor de cabeza y de costado, y la fiebre: la lepra se lleva al hombre entero, la gota de las manos, la terrible gota de los pies; la oftalmia ciega los ojos: el asma obstruye las vías del pecho estrecho. La vejiga dañada cierra sus conductos; las entrañas se retuercen, y la parte vergonzosa, el colon. Duele el diente, o el cuello; la boca se entumece; la lengua se ata; el bazo se hincha; el pulmón enferma, el hígado sufre. El corazón languidece; los riñones padecen; el vientre se suelta; los brazos no pueden nada; las piernas yacen lánguidas. Cada parte está sujeta a no pocos males: y el hombre infeliz está expuesto a tantos males. Por lo tanto, esta no es la salud, esta no es la vida que me parece. Lo que la muerte extingue, la enfermedad lo quita. Así es: el error público estima mal estas cosas; son viles, las que los necios consideran preciosas.

Por lo tanto, hermanos, os ruego, sigamos cosas mejores, que son dignas de un buen hombre, de un hombre sabio. ¿Por qué, Señor de las cosas, por qué imagen de la deidad deseas cosas pequeñas? ¿Deseas las cosas más grandes, gran hombre? No conviene que la maravillosa obra de un artesano tan grande admire cosas menores que sus propios bienes. La luna brilla para ti, la órbita del sol gira para ti, y las estrellas están esparcidas por todo el cielo para ti. Ciertamente, el día es tuyo, la noche es tuya, el ardiente éter es tuyo. Y para ti cambian las estaciones con sus cambios. El orbe de la tierra es tuyo, y todo lo que está contenido en él, todo está sometido a tu arbitrio. Ciertamente, el padre de las cosas descendió del cielo alto, al descender a ti, se hizo hombre para ti. Te espera el reino clarísimo del reino estrellado, tú también eres la imagen de tu eterno rey. Por lo tanto, tú, tan grande, que superas a todas las demás cosas, y eres menor solo que el Creador de todo: no te sometas al reino del pecado: no sigas estas cosas caducas que huyen más rápido.

Pero que tu alma se esfuerce por trascender humildemente la tierra, y valientemente emprende el estrecho camino hacia el cielo. La vida, la salud, y las demás cosas de los hombres son humo y sombra. Todo pasa, no ves que nada permanece: no te deleiten las cosas bajas que perecen; no te manche el polvo de la tierra celestial. Ni te precipite la engañosa voluptuosidad de la carne: ni te arrastre con sus seducciones la comida, el amor. Que tu estudio y ardor por la virtud sean perpetuos: que tu mente arda continuamente con amor por el bien. Busca con pasos la fuente del bien de las virtudes, y que te queme con sus llamas la fuente de este. Que ninguna carga del mundo te detenga mientras corres: evita todo lo que suele ser perjudicial. Cuando llegues feliz y dichoso, y se te dé la abundancia del manantial vivificante, serás eterno, sabio, y verdaderamente bienaventurado. Todo te será próspero, nada triste. Y verás al rey en su propio esplendor, y serás luz del luminoso resplandor beatífico. No habrá tinieblas en la mente; sino que, con la noche expulsada, habrá un día perpetuo y sin nubes en tu interior. Entonces se revelarán las causas de las cosas, los secretos de las Escrituras: todo será claro para ti, lleno de luz. Entonces, en la región feliz de los vivos, verás qué bienes son del Señor, y cuán grandes son los dones de Dios.

No habrá muerte, enfermedad, trabajo, enemigo, cuidado, vejez; esta casa celestial feliz no tiene estas cosas. Ningún temor afectará a los santos, ningún sentido de dolor: no hay calor, ni frío en estos lugares. Nadie aquí tiene hambre, ni está desnudo, sino que un solo Dios será todo bien para todos. Esta ciudad no necesita la luz de la luna, ni del sol; siempre será serena con el gran sol de Dios. Finalmente, cada uno de los justos brillará como el sol: esta será la gloria de la carne redimida. La gracia del rey supremo igualará a los espíritus: por quienes voluntariamente sufrió las amarguras de la cruz. Rescatado del valle de la muerte al monte de la vida, el hombre exiliado será un ciudadano feliz. Porque en esa ciudad Dios es la república;

y allí hay gran abundancia para todos, nadie carece. Por lo tanto, no te faltarán los dones del rey; ni te dejará carecer, quien enriquece a los merecedores con grandes cosas. Porque cuando pruebes del manantial de la vida eterna, y se te dé participar del sumo bien, gran conocimiento, mucho poder, maravillosa felicidad, se te devolverán para tu vida y tu milicia.

¿Quién podrá hablar, quién escribir, quién meditar, qué premios darás en los cielos, Cristo, a los tuyos? Hermanos monjes, sigamos esto con toda la mente: que ninguna causa detenga el camino salvador. Para que se me permita ver al Señor de la majestad, para que sea posible tener tal bien, considero vil lodo los tesoros de Arabia, las mesas y banquetes de los reyes, todo lo que el mundo tiene. Por lo tanto, quienquiera que te dirijas a estas alegrías del paraíso, diligente, aprende ahora el camino angosto, no aflojes las riendas de la mente angosta a los vicios, siempre ten las riendas del temor divino. Espera al Señor, teme la ira del juez, y ama lo que el rey te promete, soldado. Sé pequeño, mira, depón la soberbia de la mente; la puerta de Dios no admite a nadie que se hinche. Evitamos a los toros amenazantes con cuernos y cuello; no león, no toro, no caballo; serás cordero para el Cordero; ninguna víctima agrada más a Cristo que el cordero: serás cordero para Cristo con tu simplicidad. Se ofrece al Señor la tórtola, y la paloma sencilla: serás casto como la tórtola, blanda como la paloma que gime. Cuántos son, que se han castrado para el Señor, bienaventurados; el infierno, la llama y la muerte esperan a los impuros.

La suma virtud del monje es obedecer al superior; llevar el yugo de la norma, y negarse a sí mismo. Guarda lo que te ordene, pronto y sin murmurar: considera que solo el pecado es deshonesto. No te angustie la vestimenta vil, ni el último lugar: a menudo estas cosas mueven a los necios de tu orden. Pero si somos sensatos, si confesamos la verdad; la virtud ardua se emprende, lo duro se prueba. Quien se desprecia a sí mismo, quien se estima nada, y teme, y huye de las alturas del mundo inestable, este es sabio, y está próximo al cielo; no lleva en vano el nombre de monje; si desea enriquecerse, si ambiciona honores vanos, se viste con piel de oveja el lobo oculto. Pero el piadoso juez del mundo, que todo lo ve, conoce las ovejas, y también conoce a los lobos ocultos. Por lo tanto, el monje debe frecuentar esto con labios y corazón. Dame a ti, Dios, solo a ti, y es suficiente. ¡Oh, ciertamente feliz posesión, que sola hace bienaventurado! Las demás cosas tienen un peso miserable.

OTRO POEMA SOBRE EL DESPRECIO DEL MUNDO.

¿Qué es la probidad, qué es la nobleza, sino la muerte de las almas? ¿De qué se enorgullece el hombre, cuando es evidente que morirá? Pues la carne es mortal, y cualquiera que le sirva, muere de una doble muerte, porque después del fallecimiento es atormentado. ¿De qué le sirve al hombre vivir cien años, si al morir considera que la vida ha pasado como el viento? ¿De qué le sirve al hombre su bolsa llena de usura, si por ella lo consume un castigo eterno? ¿Por qué se alegra el hombre de la prosperidad del mundo, que es demasiado breve y se tiene con ansiedad? La prosperidad del mundo pasa rápidamente y se aniquila: de donde se evidencia claramente que se prueba que no es nada. Las cosas de este mundo, todas las que la naturaleza ha creado, son como la flor del campo, que el frío y el viento han quemado, pues así como las flores nacidas en otoño, marchitan por el frío, listas para irse con los vientos: así rápidamente desaparecen las cosas preciosas que el mundo tiene, en las que la mente infeliz de los hombres se afana. Las cosas de este mundo se llevan a su propio fin, y sin ley se precipitan, ni con razón se gobiernan.

Así como en los ríos fluye la ola irrevocable, así huyen los tiempos del hombre, y cada cosa favorable. Las cosas de este mundo son inestables como la hora; deben ser consideradas

como nada todas las bellezas. Por lo tanto, miserable mientras vives, hombre, trabaja sin fin; no pierdas por nada lo que es mejor. Así mantén, para que prevalezcas sobre la muerte futura: da lo que tienes, para que poseas lo que es sin preocupación, di carne mortal, di de la putrefacción del gusano, ¿por qué, miserable, enloqueces; de qué sirve la gloria de la carne? Di hombre, di polvo, ¿por qué putrefacción te enorgulleces? Di qué eres, qué serás; recuerda que morirás. En ceniza de gusano después de la muerte regresarás: desprecia lo que sigues, conoce el camino de la razón. ¿Acaso no conoces las leyes de la condición humana? El cuerpo se hace tierra: del cuerpo semilla: de la semilla sangre: de la sangre cuerpo: así el cuerpo del hombre se forma en el vientre de la madre: así el cuerpo del hombre se pudre en el vientre de la tierra: del cuerpo putrefacción: de la putrefacción gusano: del gusano ceniza: del polvo tierra. Así el cuerpo del hombre es creado de la madre tierra: así el cuerpo del hombre regresará a la tierra. Por lo tanto, triste hombre, con la rienda de la verdadera razón refrena tu corazón y tu alma, huyendo del mundo. Así esfuézzate por obtener la vida eterna.